

Una aventura de los minimalosos



Los hermanos Carlitos, Raulito y su amigo Gustavín son muy diferentes. Con ocho años de edad, el mayor de los tres, Gustavín, es sin embargo el más sosegado, acaso el menos ingenioso. Raulito, de cinco años, es inquieto y a veces se arrebata mucho, es demasiado pragmático para considerarlo un niño con buenas ideas para divertirse; su hermano Carlitos, en contraste y aunque tiene cuatro años, es muy pensativo, muy cuidadoso cuando actúa, es de esos pequeñines que parecen introvertidos pero que traen en su cabecita un mundo lleno de proyectos para pasarla bien junto con su hermano y con su amiguito Gustavín. Los tres juntos se han entretenido con todo tipo de aventuras. Una de ellas, la más bonita de todas, es la que hoy podemos relatar a 44 años de ocurrida. Un viejísimo *Excélsior* es el detonante de la imaginación.

Clarea una linda mañana en el Distrito Federal, para esos tiempos todavía la región más transparente del aire, como escribió el sabio poeta. Es lunes 17 de diciembre de 1951, han llegado las vacaciones y ya el ambiente en todas partes comienza a impregnarse de espíritu navideño. La radio y los periódicos promueven los regalos que pueden hacer felices a los seres amados; para los niños, un montón de juguetes se vislumbra como equivalente del paraíso. Por supuesto que los niños pobres no podrán gozar de los juguetes más caros, pero Carlitos, Raulito y Gustavín son hijos de papás esforzados y pudientes, por eso esperan que los reyes magos traigan regalos verdaderamente interesantes. Durante 1951, los tres alegres chiquitines se han entretenido

Publicado en *brecha* hacia 1996. Pertenece a la aventura aquella de escribir vidas imaginarias a la insuperable manera de Marcel Schwob.

con todo lo que puede distraer a un trío de criaturitas inocentes dentro de una casa más o menos grande. Es obvio que no los dejan salir a la calle, salvo cuando van a la escuela o de paseo con sus padres. Por eso, cuando se quedan en casa, tienen que inventar aventuras. Primero hacen las tareas (Carlitos es el más estudioso de los tres) y luego juegan. A Gustavín lo dejan acompañar a los hermanitos Salinas de Gortari y entre todos tratan de pasarla divertidísimamente.

Han jugado a las canicas, al trompo, a las luchitas en el jardín, al Tarzán arriba de los árboles, a las escondidillas por toda la casa, a las guerritas con pistolas y rifles de corcho, a la oca y a las serpientes y escaleras, al turista y a lo más padre de todo: han jugado con los artefactos de pilas que papá Raúl les ha traído de Estados Unidos, entre los que destacan esa gran autopista con seis cochecitos eléctricos y los revólveres tirabolitas. Pero todos los juegos y los juguetes, al fin, resultan aburridos para los tres alegres chiquitines, por eso es necesario inventar cada día una variante, algo que motive la diversión y torne más llevadero el encierro en esa casa más o menos grande, la número 425 de la calle Palenque en la colonia Narvarte de la capital.

El más pensativo del trío, Carlitos, es el que regularmente da la pauta de las mudanzas lúdicas. Sugirió alguna vez, como prueba de su pueril ingenio, jugar serpientes y escaleras al revés, de la última casilla a la primera. A él, pese a ser el más pequeñín, no le ganan al turista, pues rápidamente se apropia de los billetes y compra los lugares más onerosos para berrinche de Raulito y de Gustavín, quienes no entienden cómo les gana el inteligente chiquilín, por ello a veces lo agreden (qué envidiosos) con motes alusivos a sus prominentes orejas. Pues bien, Carlitos descubrió algo que sus coleguitas no tardaron en aceptar como una idea maravillosa. Resulta que durante mucho tiempo jugaron a las guerritas por toda la casa; trataban de emular lo que veían en los cinenoticieros o en las películas americanas de soldados que combatían en la Segunda Guerra. Todo era divertido, pero las armas de

corcho y los revólveres tirabolitas fueron rebasados por la maravillosa idea de Carlitos, el niño más reflexivo de los tres. Raulito y Gustavín lo escucharon con las bocas un poco babeantes: qué idea tan divertida, concluyeron los más grandes, y aceptaron consumarla todos juntos. Carlitos, un poco ayudado por Gustavín, decidió que Raulito sería el más importante personaje de este juego. Raulito, siempre práctico, aceptó su trascendente papel.

Como a las once de la mañana comenzaron los disparos con corchos y bolitas de juguete. Los tres alegres chiquitines eran aliados contra un enemigo al que buscarían por toda la casa. Las detonaciones con sonido de resorte se oían aquí y allá: el enemigo aún era imaginario. Los tres estaban de acuerdo en rastrearlo, en fingir que lo cercaban para acabar con él, pues era un nazi que se quería adueñar del mundo, como habían visto en las películas. Durante casi una hora, los tres alegres chiquitines vagaron por cada recoveco de la casa, siempre con la condición (así lo ordenó Carlitos) de buscar al enemigo imaginario disparando corchazos y bolitas.

Ya era mediodía y los tres coincidieron en la habitación de papá Raúl, quien se encontraba por el momento en su trabajo. De hecho, en la casa sólo estaba la servidumbre, dos mujeres mansas y aindiadas que ejecutaban sus quehaceres con silenciosa abnegación mientras los niños del patrón y su amiguito se divertían con sus juegos. Cuando los tres se reunieron en el cuarto del economista Salinas Lozano, el general Carlitos pidió cuentas a sus subordinados: fue entonces cuando el capitán Gustavín informó una buena noticia: localizó en el cuarto de lavandería, ubicada en el Oeste de la casa, al peligroso enemigo. El general Carlitos (así lo había preparado) le ordenó al capitán que trajera, costara lo que costara, al peligroso enemigo, y Gustavín fue hacia la lavandería de la casa para cumplir la encomienda.

Cuando el capitán Gustavín llegó al cuarto, ya esperaba ansioso el pelotón de fusilamiento. Manuela —quien aceptaba muy tolerante los

divertimentos de aquellos tres alegres mocosos— dejó que le imputaran cargos, que le dijeran “nazi” y que la arrodillaran, porque la iban a fusilar. Manuela sonreía un poco, era parte de su trabajo aguantar las aventuras inventadas por los hijos del patrón, sobre todo por ese pingo de Carlitos, “tan chiquito y tan inteligente” (como decía don Raúl de su propio vástago).

Los niños le vendaron los ojos a Manuela, alias “el enemigo nazi”, ya de rodillas. Entonces Carlitos dio la orden final. Los tres apuntaron sus respectivas armas: Carlitos disparó con el revólver tirabolitas; Gustavín, la pistola de corchos y Raulito (como lo ordenó su hermano menor) el rifle que papá Raúl guardaba en su ropero, rifle que Carlitos había descubierto hace unos días y que motivó su idea de jugar a las guerritas hasta localizar al enemigo y fusilarlo.

Manuela se dobló con los impactos recibidos: una bolita, un corcho y un balazo calibre 22. Al verla tendida, los soldados se felicitaron y juraron buscar más enemigos algún otro día. Luego continuaron sus correrías por la casa, listos para inventar más juegos. Al cansarse, los tres se sentaron en la escalera de la sala; hasta allí llegó María, la otra sirvienta de la casa, y les preguntó por Manuela. Los niños no respondieron nada y María se puso a buscar a la muchacha. Cuando entró al cuarto del patrón, vio a Manuela, ensangrentada. Los niños entraron tras María y, contentos, veían al enemigo fusilado.

—¿Manuela, Manuela, qué te has hecho? —preguntó la nerviosa María, quien luego miró a los tres diablillos—. ¿Qué le hicieron a Manuela?

Tranquilos, orgullosos, felices por la aventura consumada, contestaron:

—¡La hemos matado!

Luego del aviso a las autoridades y a los padres de los tres alegres soldaditos, el interrogatorio no arrojó grandes noticias. Carlitos, Raulito y Gustavín se mantuvieron en silencio; nunca dijeron quién disparó

el arma, quién diseñó el tremendo juego. Hombre influyente, padre de familia que amaba (y ama) a sus hijos, el joven economista Raúl Salinas Lozano no tardaría en lograr que sus hijos volvieran a la casa sin mayor apuro y con la secreta seguridad de que fue un juego demasiado violento, pero inocente, por haber sido tramado y ejecutado por unos pequeñines. Lo que no pudo evitar, sin embargo, fueron las escandalosas notas en los periódicos del día siguiente. Por ejemplo, en la segunda parte sección A de *Excelsior*, El periódico de la vida nacional, número 12,516 correspondiente al martes 18 de diciembre de 1951, la cabeza de ocho señala: “Jugando a la Guerra Tres Niñitos ‘Fusilaron’ a una Sirvienta”.

Muchos lustros después, cuando el pensativo Carlos —calvo prematuro— llegó a ser presidente de la República, esa edición de *Excelsior* desapareció rápidamente de todas las hemerotecas. Pero por suerte circulan algunas xerográficas que nos hacen recordar aquella hermosa aventura y otro hecho: las primeras planas pueden ser ganadas desde la infancia. Todo depende del tesón, del talento y de la viveza de un niño como aquel ingenioso Carlitos, hoy un hombre acaudalado que viaja por todo el mundo siempre gustoso de las ocho columnas.

Itinerario de *El principio del terror*

La novela que aquí presento nació quizá como muchas otras. Primero fue, a fines del 96, el vago proyecto para un cuentillo cuya temática giraba en la órbita de un guillotinado cualquiera. El azar, ese compañero que todos los días nos regala y nos arrebató, puso en mis manos un libro sobre la Revolución Francesa en el que descubrí cuatro datos: el nombre del primer guillotinado, su oficio, el día y el lugar de su memorable decapitación. Con esas noticias en mi poder, el relato dio un vuelco sustancial: el personaje protagónico ya no iba a ser un degollado equis, sino Nicolas-Jacques Pelletier, ladrón que estrenó el convincente artefacto del médico Joseph Ignace Guillotin el 25 de abril de 1792 en la parisina plaza de Grève.

La búsqueda de más noticias provocó que el texto se expandiera. Entonces la idea del cuento fue desvaneciéndose para ceder paso a la posibilidad de una obra más compleja. Durante los agobiantes meses de 1997 el manuscrito fue colmado de peripecias y Pelletier se convirtió, por esos días, en una fastidiosa sombra que incluso me acompañaba, por las Cocas y por el pan Bimbo, al Oxxo de la esquina.

Mientras escribía las páginas sobre Pelletier y sus andanzas, mientras le inventaba una vida a este bribón hijo de toda su puta, muchos libros me servían de base y complemento. Pepené —todos en el

Este texto apareció hacia el 99 en *Acequias*, revista de la Universidad Iberoamericana Torreón. Perteneció a una especie de subsubgénero del subgénero *presentación de libro* que me he atrevido a bautizar como *itinerario*, es decir, la breve y verdadera historia que el autor puede trazar, soberbia aparte, sobre sus propios libros. La novelita a la que me refiero fue publicada con el sello Joaquín Mortiz (Serie del Volador), México, 1999, 120 pp. Cuatro años después fue reimpressa por Planeta en su colección Booket (México, 2004, 114 pp.).

páramo de la comarca lagunera— más de 25 títulos relacionados, así sea de manera tenue, con el argumento de la novelita. Además, otro buen número de obras me ayudaron, en el plano del lenguaje o de la mentalidad, a modular el clima adecuado en el viscoso espíritu de Pelletier. Leí con azoradas pupilas a Voltaire, a Sade, a Vailland, a Mirabeau, a Hugo y a otros autores de similar musculatura literaria. No calqué nada, desde luego, pero sí me dejé impregnar por el tono mental de esos autores y traté de imponerlo a mi personaje. El resultado de dicha alquimia es un libro que defino como una novela picaresco-policíaca escrita en 1997 sobre el submundo parisino de 1790.

Me han preguntado si sé francés, si he visitado París, si soy especialista en la historia de la Revolución iniciada en la Bastilla. A todo eso he respondido que no, que para escribir me guié por el lazarillo de la intuición, por ese olfato de perro que, sospecho, debe tener cualquier novelista bien nacido. Por supuesto, si una virtud tiene *El principio del terror* es precisamente el cuidado que tuve en no resbalar con los molestos anacronismos casi siempre visibles en la novela clasificada como *histórica*. Ofrezco dos ejemplos de esa precaución. El primero, yo creía que los revolucionarios cantaban en las calles sus himnos de combate, sus épicas composiciones en homenaje a la sociedad recién parida. Pensé entonces en aludir a la Marsellesa, pero me detuvo la corazonada del anacronismo. En efecto, el actual himno nacional francés no pudo ser escuchado por Pelletier, puesto que la Marsellesa fue compuesta, según consignan datos obtenidos de buena fuente, la noche del 25 de abril de 1792, es decir, el mismo día del ajusticiamiento al andrajoso Pelletier, lo cual no ha dejado de asombrarme: la guillotina y la Marsellesa nacieron a la par, casi son hijas del mismo alumbramiento.

El segundo ejemplo de cautela con el anacronismo se ubica en el terreno de la licenciosidad sexual. Cuando pinté las aventuras carnales de Pelletier sentí que en ciertas ocasiones su espermática brutalidad

parecía desorbitada y fuera de contexto, acaso demasiado *moderna*; me bastó leer, entre otros títulos, *El libertino de calidad* para comprobar que los lances pornoliterarios de Nicolas-Jacques parecían un cuento de Walt Disney si se comparaban con los imaginados por el conde de Mirabeau en 1780. Nutrí la historia, pues, con agusanados ingredientes e hice mía una noción vargasllosista: “la materia prima de la literatura no es la felicidad sino la infelicidad humana, y los escritores, como los buitres, se alimentan preferentemente de carroña”.

Recuerdo que por obligaciones extraliterarias —mi hija nació por esos días— aproveché bastantes madrugadas, casi abatido por el cansancio, para trabajar con *El principio del terror*. Hoy agregaba un párrafo, mañana dos, y así todos los días. Incluidas las obscenas, siempre traté de acariciar cada palabra, de pulir cada frase para obtener, hasta donde me fue posible, algún brillo de la escoria verbal que me servía de materia prima. En diciembre del 97, lo tengo muy presente, di el último teclazo y, por fin, me liberé del infame Pelletier que rondaba mis arterias. Después vino una etapa tan tortuosa como la primera: el acabado, la corrección, el desbroce de todos los yerbajos verbales que se atravesaron a mi entendimiento. Eso duró de enero a abril del 98. Y mientras bruñía la canalla vida de Pelletier, en el periódico *Op cit* localicé la convocatoria del Joaquín Mortiz para ese año. Tomé pronto la decisión de entrar al concurso y no abrigué demasiadas esperanzas, pues el pesimismo siempre se encarga de que mis ilusiones nazcan muertas. Sea como fuere, a mediados de mayo envié el original sin fe y sin entusiasmo, luego seguí con mi rutina doméstica y comencé nuevos proyectos literarios.

Así llegó agosto 18 del año pasado. Ese día supe la noticia de que mi libro sería publicado por Planeta con el sello de Joaquín Mortiz y ese mismo día firmé el contrato con la editorial. Hoy recuerdo con afecto y agradecimiento las atenciones que recibí de René Solís Brun (Director General del Grupo Editorial Planeta México) y de toda su gente; me

trataron con generosidad y calidez Jesús Anaya Rosique, Paty Mazón, Andrés Ramírez y, porque estuvieron en la comida que se ofreció a los finalistas del concurso, José Agustín, David Martín del Campo y Federico Campbell.

El 18 de agosto del 98, día del veredicto como ya señalé, sentí que la coincidencia no podía ser más afortunada: ese mismo día hubo una noticia de tronido nacional, pues las autoridades capturaron a Daniel Arizmendi, el célebre *Mochaorejas* que provocó un linchamiento nacional en los *massmedia*. Digo que para mí fue una tremenda coincidencia porque, en el fondo, Nicolas-Jacques Pelletier —así sea de forma imaginaria— y el *Mochaorejas* deambularon en la canallería de manera semejante.

Después inició el proceso de edición del que se encargó, con ejemplar profesionalismo, el joven Andrés Ramírez. Paquetes de ida al DF y paquetes de vuelta a Torreón, muchas llamadas telefónicas y varios *mails* dejaron como resultado el libro que aquí entrego a la lectura pública.

Con *El principio del terror* sólo me propongo entretener. Me han preguntado por el sentido profundo de la novela, por su significación más honda. No sé cómo se responden esas preguntas, generalmente indigestas para mí; sólo sé que el malvado e imaginario Pelletier habita en este libro, sólo sé que con él quiero decir algo que ni yo mismo entiendo bien, que la narrativa es el arte que me obsequia más satisfacción y que esta novela no merece o no requiere, como todo lo que escribo, mis comentarios ni, muchísimo menos, mi defensa.

En síntesis, mi libro ya no es mío: es del lector, de ustedes.

Comarca Lagunera, 26, abril y 99

Itinerario de *Juegos de amor y malquerencia*



Podemos leer *Juegos de amor y malquerencia* de dos maneras: una informal, relajada, y otra más seria, más cejjunta. Prefiero la primera, dado que esta ficción no se propone especular sobre un asunto complejo, sino sólo entretener. Aunque me cuesta trabajo describir el andamiaje soterrado de la narración, lo intento aquí por el prurito de no parecer ajeno a la escritura con propósitos más sofisticados.

Para empezar, la novela es, toda, una ficción. Cualquiera lector medianamente despierto puede ver que es la imaginación y no otra cosa lo que nutre cada página de *Juegos...* Sin embargo, una de las muchas razones que me movieron a trabajar este relato fue la de inventar un juego serio. Con una historia aparentemente inocua y relajienta pude reflexionar sobre la naturaleza actual del documento histórico en tanto puerta de acceso al pasado. Mi novelita es una ficción, entonces, que plantea los caminos descritos por un documento antes de ser recogido por la letra de imprenta. Supuestamente, el manuscrito que da pie a *Juegos de amor...* fue redactado en 1953, aunque se refiere a un suceso ocurrido en 1925. Luego, en 2001, un investigador decide publicarlo con algunos retoques. ¿Qué tanto podemos creer a una memoria que ha seguido tales rutas? Obviamente, se pierde mucho en ese trayecto, dado que en 1953 quien recuerda y escribe, ignoramos con cuál intención, no tiene claro lo que vivió en 1925. En más de un lugar, la voz narrativa dice «no recuerdo muy bien», eso para indicar que las «verdaderas historias» contadas por muchos hombres están atravesadas por el olvido y, a veces, por la necesidad de manipular los datos para quedar bien parados ante los lectores futuros. Si a eso le sumamos el acto

Salió en *Acequias* hacia el 2003. Ver nota anterior.

de *adaptación* llevado a cabo por el prologuista, la historia textual puede ser muy diferente a lo que realmente ocurrió.

Trato de sugerir con esto que la fuente de información histórica está mediada por circunstancias e intereses que debemos conocer antes de atribuirles ingenuamente el adjetivo de «verdaderas». Usé un par de prologuistas ficticios para insistir en lo laberíntico que puede ser la llegada de un documento hasta la actualidad, lo que en definitiva obliga a los historiadores modernos a considerar la llamada «crítica de fuentes». La pérdida de folios, el hecho de que el primer prologuista afirme que suprimió algunos datos, son pistas que insinúan la manera de trabajar de muchos historiadores. Al interpretar un documento, los investigadores tienen que discriminar aquello que les parece irrelevante de lo que no lo es: ese simple acto de selección implica la historicidad, la subjetividad, su enciclopedia del historiador; en otras palabras, un mismo documento puede suscitar tantas lecturas como historiadores se acerquen a él. Ése es, *grosso modo*, el lado serio, subterráneo, de mi novelita. El otro flanco es más explícito y ya lo expliqué una vez con un texto titulado «Itinerario de *Fervor de Santa Teresa*», y es éste:

Los estímulos para la invención pueden ser, por lo menos en apariencia, insignificantes, y esto quiere decir que en ocasiones una microscópica chispa logra detonar explosiones de considerable tamaño. Escribí *Juegos de amor y malquerencia* gracias al golpe propiciado por una fotografía, la de diez sujetos que nos miran orgullosos desde una plataforma de ferrocarril. La vi en julio, agosto o septiembre de 2000, no recuerdo con precisión, pero con nitidez vive en mi memoria el impacto casi narcótico que poco después me impulsaría a escribir una ficción cuyos actores posan desde el pretérito en aquella imagen, para mí, memorable. Cuando hice el primer escrutinio de la foto, le comenté a Sergio Antonio Corona, mi compañero de trabajo en el Archivo Histórico de la UIA Laguna, que detrás de dicha imagen se escondía un artefacto literario. En tal momento yo no sabía de qué tipo —¿cuento, nove-

la?—, pero de inmediato estuve seguro de que la foto era un punto de partida extraordinario, la catapulta de un relato que con el tiempo cuajó sin refrigerar.

Su escritura comenzó en septiembre-octubre del 2000. Eché de un jalón, y sin pensarlo demasiado, las primeras quince cuartillas, acaso las más importantes del librito, pues ellas marcan el tono de lo que viene después. Más por razones laborales que por gusto o falta de voluntad, suspendí el trabajo varios meses; volví a hincarle el cráneo en la semana santa del 2001. Con el segundo impulso tuve más de la mitad de la novela, pero de nuevo la abandoné, ahora por un par de meses. En las vacaciones de verano del 2001 me encerré dos semanas en la calurosa y tétrica buhardilla y le di cierre al texto cuyo título definitivo, deliberadamente ambiguo, es *Juegos de amor y malquerencia*; luego, sin sopesarlo mucho, arrebatadamente, casi como la había desahogado, tenté a la maldita suerte en el iv Concurso Nacional de Novela “Jorge Ibargüengoitia” que cerraba su convocatoria en agosto. Un mes después, el 27 de septiembre, recibí la noticia: *Juegos de amor y malquerencia* había pegado jonrón y me esperaban el 4 de octubre en Guanajuato.

Por muchas razones me alegró la noticia. La principal es simple: *Juegos de amor y malquerencia* es el libro que he trabajado envuelto en la mayor alucinación, envuelto en un placentero estado de éxtasis que para mí ha sido lo más parecido a la felicidad literaria. Rememoro esos momentos, esas horas en el cuarto de azotea y con la computadora ardiendo por el endemoniado calorón del julio lagunero. Fue hermoso ver el fluido de palabras, sentir cómo desde la mente y del corazón se deslizaba por los brazos hasta llegar al teclado y luego al monitor. Al principio pretendí ceñirme a *la verdad* de los datos a mi alcance —investigué un poco para diseñar el contexto—, pero pronto renuncié a esa posibilidad y me dejé vencer por lo que la imaginación, como siempre *la loca de la casa*, aportó en cada segmento de la historia.

¿Qué me propongo con *Juegos...*? Que yo sepa, nada de trascendencia, salvo entretener, jugar con las palabras, inventar, divertir un rato a los piadosos lectores que en el futuro se animen a encarar este pequeño mecano de palabras. Tal vez algún despistado encuentre cierto encanto al escuchar con sus ojos el tono de este relato adrede escrito *deficientemente*. He allí el juego. La idea de *corrección escrita* es violentada hasta sus penúltimas consecuencias. Si escribir *bien* es escribir como académico de la lengua —lo cual, hablo en serio, no es tan difícil—, escribir *bien* en literatura no necesariamente es escribir con corrección. En contextos determinados por el ludismo y la osadía, escribir *mal*, muy mal, puede significar escribir bien, muy bien, o sea *eficazmente*. Con esto no me estoy refiriendo a *Juegos...*, por supuesto, sino a la común necesidad literaria de revolver el español, de zanzanarlo y exprimirlo para que diga con sonoridad diferente lo que de una manera *correcta* no podría (quiere ser, pues, uno más de los «lenguajes inventados», como los denomina David Lagmanovich). Y aquí recuerdo a mi gordo Lezama: “¿Lo que más admiro de un escritor? (...) Que destruya el lenguaje y que cree el lenguaje”, o al Octavio Paz de “Las palabras”, ese flechazo ya legendario y *ars poetica* contenida en una cápsula:

Dales la vuelta,
cógelas del rabo (chillen, putas),
azótalas,
dales azúcar en la boca a las rejegas,
ínflalas, globos, pínchalas,
sórbeles sangre y tuétanos,
sécalas,
cápalas,
písalas, gallo galante,
tuérceles el gazzate, cocinero,

desplúmalas,
destrípalas, toro,
buey, arrásalas,
hazlas, poeta,
haz que se traguen todas sus palabras.

Sin aspirar a tanto y sin obedecer del todo los violentos imperativos del Nobel mexicano, *Juegos...* deshuesa a su modo la sintaxis *correcta* y quiere diseñar, con lenguaje rupestre, un paraestilo presuntamente elegante, supuestamente persuasivo pero fallido en tanto se ciñe al propósito esbozado en el prólogo de la narración. En otras palabras, el estilo de *Juegos...* —acaso su única gracia, si es que tiene una— pretende embonar con el proyecto general del relato apegado lo más posible a la prescripción de Vargas Llosa en sus *Cartas a un joven novelista*: en literatura, el estilo eficaz no depende de lo que reglamenten los excelentísimos señores de la Real Academia, sino de la especificidad de lo narrado, como si a cada historia le correspondiera un determinado manejo de los instrumentos verbales. Por otra parte, mi novela es tan corta que si traigo cualquier párrafo prácticamente adelante el bocado completo. Mejor esperar a que la benevolencia de la imprenta haga el favor, y cuando eso suceda entonces sí callar, no defenderla nunca más y anhelar en secreto que los lectores no bostecen como hipopótamos a la mitad de mi *Juegos...*

Comarca Lagunera, 1, noviembre y 2003

Nota al pie sobre la jungla de los libros

Sucede con frecuencia. Alguien me acaba de conocer, pregunta por mi oficio y le respondo que doy clases de literatura y que además, así sea mal, me dedico a escribir. A un porcentaje muy alto de mis interlocutores les parece simpática la confesión y de inmediato suelen agregar: “¿Has leído *La era de la incomprensión* de Harry McMillan?” La respuesta en esos casos es, también, muy frecuente. “No, no lo he leído”. Tras esto, mi inquisidor hace un apunte sobre el libro y el autor, algo que puede sonar así: “McMillan es investigador de la Universidad Central Antropológica Asociada del Estado de Michigan y en su obra señala que la humanidad ha llegado a la etapa F/10-VK-34-X, es decir, que si no hacemos algo dentro de algunos años desaparecerá la civilización. Es un libro muy interesante, te lo voy a prestar”.

Tal es, básicamente, la manera cómo suelen interrogarme cuando apenas se enteran de que uno tiene ciertos vínculos con la lectura. Por supuesto, en la mayoría de los casos aparezco como un desinformado, como un lector no atento a los libros que *merecen* ser leídos. Para no entrar en polémicas, hasta ahora nunca me he atrevido a cuestionar nada, a decir, por ejemplo: “Esa teoría del profesor McDonald’s o como se llame es una estupidez y corresponde cabalmente al libro que la acoge” o “esos libros no me interesan porque yo sólo leo literatura seria”. No digo nada porque sería una necedad y un desperdicio de tiempo: quien lee esos libros no aceptará que es un bobo nada más porque yo lo contradigo, así que prefiero guardar silencio y afirmar “No, no lo he leído”. Como ya dije, luego viene la amenaza de prestarme el volumen, pero eso con frecuencia y por fortuna ya no prospera, aunque

me ha pasado que en ocasiones sí me lo enjaretan. En estos casos lo recibo, lo guardo un mes en casa y luego lo devuelvo con una nota de agradecimiento para evitar un examen oral sobre el contenido, algo que aproximadamente puede sonar de esta manera: “Leí con agrado *La era de la incomprensión*; el doctor McMillan me arrojó tremenda luz sobre el porvenir de la humanidad. Todos debemos hacer algo si no queremos llegar a la etapa F/10-VK-34-X”.

Basta pues que uno diga soy lector y escritor para que padezca el insulto de los malos libros. “¿Dónde puedo encontrar la novela *El silencio de los inocentes?*”, me preguntó un ingenuo que vio la película y ahora quería leer aquel bodrio. “¿Qué has leído de Stephen King?”, me interrogó otro que era fanático de ese autor de mamotretos *inservibles* (en cursiva pongo el adjetivo para enfatizar que es un epíteto y no un pleonismo). “Acabo de comprar el libro de Armando Hoyos, me lo eché en una sentada, ¿quieres que te lo preste?”, me amagaron alguna vez.

Ante tal avalancha de nefastas recomendaciones, no queda otra que pensar en el dictamen de Borges sobre la imprenta (y que ahora podemos aplicar al Internet). El famoso ciego decía que aquella invención había hecho mucho daño a la humanidad, pues permitió la proliferación de los malos libros. Acaso con imprecisión, pero lo cito de memoria: antes de la imprenta sólo se copiaban los libros que merecían ser multiplicados; después, cualquiera pudo reproducir por miles sus infames páginas. Por supuesto, la aseveración del argentino parece, o es, exagerada, y él mismo tuvo que saberlo. Sin embargo encierra una buena dosis de verdad. ¿Cuánta basura se ha publicado desde que la imprenta llegó al mundo? Es imposible calcular la cifra, pero al ver las vitrinas y los anaqueles de hoy podemos darnos cuenta de que la peste bibliográfica ya pellizca los talones del Apocalipsis.

Libros de autoayuda (*Siéntase mejor en diez lecciones*), esotéricos (*El misterio de las pirámides*), frívolos (*Consejos de belleza de los pies a la cabeza*), libros oportunistas de coyuntura política (*¿Quién mató a*

Colosio?), libros con augurios terriblistas (*El planeta rumbo al caos*), biografías de los famosos (*Lyn May por ella misma*) y mucha, innumerable literatura de tercera división configuran el universo predominante en la oferta editorial. Considero en este apunte sobre la literatura de aeropuerto —como le dicen ya— sólo a los libros que se compran para el placer, es decir, excluyo todos aquellos volúmenes de referencia como enciclopedias, diccionarios, manuales, libros de texto, técnicos, etcétera, pues estos se ubican en un ámbito menos veleidoso del mercado, son libros que muchas veces se compran por obligación académica u ornamental.

¿Qué se puede hacer para evitar que la basura termine dominando el mercado editorial? Francamente no lo sé, y como van las cosas parece que cada vez se deteriora más el gusto, tanto que la mayor parte del público que tiene la suerte de saber leer (entrecomillo “saber leer”) no puede distinguir entre Carlos Cuauhtémoc y Fernando Savater, por citar sólo el caso de dos intelectuales (bueno, realmente de uno nada más) que se dedican a escudriñar los grandes temas de la ética y la sociedad actuales.

Para medir ahora la calidad de un sello editorial hay que pensar en la variedad de su oferta. Explico esto. En las décadas recientes, los medios de comunicación electrónicos han apostado por la estupidez en su oferta de entretenimiento y por el manipuleo en su barra informativa. Aunque los críticos se han empeñado en señalar esa falta de escrúpulos (recordemos a Sartori y su *Homo videns*), a los medios parece no importarles nada más que la ganancia. Tanto que ya nos acostumbramos a difusoras de radio con música basura todo el día y dos o tres noticieros supuestamente serios, a televisoras con programas vomitivos las 24 horas y cero propuestas inteligentes. Los electrónicos, pues, según mi teoría marca Acme, son los medios que han trabajado el gusto del gran público y lo han convertido en una viscosa mezcla de temas que no elevan la sensibilidad de una persona ni siquiera a la

altura de los tobillos. A estas horas ya nadie le censura a los medios el fomento de la imbecilización que cumplen con puntual responsabilidad, pero a los editores difícilmente les perdonamos la publicación de escoria.

En este escenario no existe una sola editorial comercial en el mundo que no le entre, mucho o poco, al juego de las publicaciones descafeinadas. Hay decenas de casos. Las editoriales poderosas y serias, para sobrevivir en el mercado carnicero en el que vivimos, tienen sellos de combate, colecciones que buscan al lector de bajo esfuerzo. Con estos libros, las editoriales bien nacidas logran su ganancia de empresas y, si queda tiempo y dignidad, mantienen sellos serios, aquellos que sacarán a Saramago, a Fuentes, a Eco, a Benedetti, a Piglia, para referirme nomás a sólo unos cuantos campeones de la literatura contemporánea.

¿Es digo o indigno que una editorial publique literatura de consumo fácil? Depende. Si eso hace por sistema, por vocación, por voracidad monetaria, entonces no es una editorial, sino un expendio de papel impreso. Si, en cambio, una empresa de este giro mantiene series de simple digestión y al lado grandes obras, entonces, me parece, la dinámica se inscribe en el puro instinto de conservación. En otras palabras, nadie sobrevive sólo con Saramago, y es necesario meter junto al autor lusitano una o dos obritas sobre el beneficio de la musicoterapia hindú para que la empresa no naufrague. Por supuesto hay límites. Una editorial seria, por muy apurada que esté, podrá publicar un libro basura, pero al menos respetará la calidad del objeto, la edición, la belleza del libro.

Paso ahora, velozmente, a considerar el volátil elemento del buen gusto al momento de seleccionar un libro. He dicho siempre que el mejor parámetro para saber si un libro vale o no es su uso en la academia, en la universidad. Rulfo es indiscutiblemente necesario, indiscutiblemente recomendable, indiscutiblemente bueno, simplemente porque en este momento está siendo leído en las mejores universidades del mundo. Onetti es un autor de gran tamaño por el simple hecho de

que en torno a su figura se celebran seminarios y coloquios en los más exigentes círculos académicos del planeta. Og Mandino, Joaquín Lara Castilla, Morris West, Richard Bach y toda esa fauna son autores de segunda o de tercera división, es decir, despreciables para un lector aguzado, simplemente porque nunca van a ser tomados en serio en ninguna universidad digna de ese nombre. Podemos entrar al terreno de la subjetividad, es cierto, pero nadie aquí logrará convencerme que en la Sorbona o en Cornell o en la UNAM o en la UAC se podrá algún día organizar un foro sobre la figura de ese gran intelectual llamado Carlos Cuauhtémoc Sánchez. Eso es imposible, tan imposible como lograr que Pinochet lea con afecto la obra del Che Guevara.

Hay que tener cuidado en suma con las recomendaciones. Hay que leer reseñas en buenas revistas, hay que afinar el olfato, hay que abrir con desconfianza los libros de autores desconocidos, hay que pedir consejo al que sabemos que sabe, no a cualquier hijo de vecino. Sobre todo, hay que buscar libros, hay que salir a comprarlos sin temor, incluso con el riesgo de equivocarnos. Recordemos a Gabriel Zaid, que en un libro titulado *Los demasiados libros* nos comenta que


La gente que quisiera ser culta va con temor a las librerías, se marea de ver la inmensidad de lo que no ha leído, compra algo que le han dicho que es bueno, hace el intento de leerlo, sin éxito, y cuando tiene ya media docena de libros sin leer, se siente tan mal que no se atreve a comprar otros./ En cambio, la gente verdaderamente culta, es capaz de tener en su casa decenas y hasta cientos de libros que no ha leído, sin perder el aplomo, sin dejar de seguir comprando más./ (porque) *Toda biblioteca personal es un proyecto de lectura*, (como) dice el aforismo de José Gaos.

Hay que seguir comprando libros, en efecto, y hay que hacerlo cada vez con el ojo más afinado. Tenemos tan poco tiempo que debemos

defenderlo de los malos libros. Y si alguien tiene dudas, si todavía no sabe cómo hacerle para leer obras de calibre subido, pues que busque a los clásicos y se olvide de todo lo demás. Un libro que ha sobrevivido tres, cuatro, cinco siglos, infaliblemente es bueno. En resumen, ¿qué puede hacer *La era de la incomprensión* de Harry McMillan frente a la *Celestina*? Nada, ni cosquillas, y la pura comparación me parece una blasfemia tan obscena que más vale concluir este apunte antes de continuar por ese camino.

Comarca Lagunera, 28, marzo y 2001

Literatura e internet: el aleph de la palabra



En un espléndido artículo titulado “Cómo emplear el tiempo” (*Segundo diario mínimo*, Lumen, 2000), Umberto Eco explica con insuperable aritmética la forma cómo se distribuyen sus ocupaciones en un año. Por lo visto, para un intelectual de su talla la vida se administra en minutos y prácticamente no queda tiempo para pensar siquiera en la falta de tiempo. Todo es un ir y venir de libros, cartas, viajes, cursos, conferencias, escritura y, por supuesto, de esas cadenas de la vida cotidiana a las que nadie puede escapar, como vestirse, ir al baño, dormir, comer.

Eco calcula centímetro a centímetro las zonas de su reloj anual. Piensa por ejemplo en cuántas horas le dedica él a sus desplazamientos por la ciudad: 730 de las 8760 horas que tiene un año no bisiesto. Asimismo, piensa en todo lo que hace y en el tiempo que le demanda. Lo desmenuza aritméticamente para demostrar por qué no acepta ciertas invitaciones. Lo cito:

Cuando llamo al dentista para pedir hora y me dice que en toda la semana que viene no tiene ni una hora libre, yo le creo. Es un profesional serio. Pero cuando alguien me invita a un congreso, a una mesa redonda, a dirigir una obra colectiva, a escribir un ensayo, a participar en un jurado, y yo le digo que no tengo tiempo, no me cree: “Vamos, profesor”, dice, “una persona como usted el tiempo lo encuentra”. Evidentemente, nosotros los humanistas no estamos considerados profesionales serios, somos unos holgazanes.

El erudito piemontés concluye su demostración con el buen humor que los caracteriza: “¿Y el tabaco? A 60 cigarrillos al día, medio minuto entre buscar el paquete, encender y apagar, son 182 horas. No las hay. Tendré que dejar de fumar”.

El artículo de Eco busca justificar —y lo hace estupendamente— la cárcel en la que vive como humanista, su terrible falta de tiempo y su necesidad de rechazar convites que no alcanzan, ni como corcho en una botella, acomodo en su congestionada agenda. A años luz de distancia en cuanto a la cantidad y calidad de la producción intelectual, muchos de los que andamos en el cuadrilátero de las humanidades sabemos a qué se refiere el autor de *Obra abierta*. Según la apreciación generalizada, escribir, leer, dar clases, impartir talleres y todo lo que se le parezca no son actividades serias, quitan poco tiempo y en realidad somos unos holgazanes.

La verdad es otra, la que dibuja Eco de forma milimétrica. Son tantos los libros por leer, las cuartillas por escribir, las clases por impartir y las ocupaciones domésticas por tolerar que una actividad extra, como la búsqueda de literatura en Internet, resulta punto menos que asfixiante a menos de que utilicemos una severa discriminación.

Es cierto que con la supercarretera los usuarios tenemos a merced el instrumento más parecido al aleph que vislumbró Borges en la casa de Carlos Argentino Daneri. Todo, casi todo está allí. Desde las páginas más frescas, ingenuas, inocentes y tiernas que uno pueda imaginar (Barney y sus amigos, el Espacio de Tatiana, los Tele-toobies, Carita de ángel) hasta los más siniestros, perversos, venéreos, inicuos y reptilíneos *sites* (no cito ninguno por temor a que me los congestionen), y no parece, sino que es imposible tener una idea cabal del tiempo que implicaría echar un apresurado vistazo a cada página y a cada *link*.

Exuberante como cualquier otra, la oferta de sitios literarios en la web es tan entusiasmante como aterradora, y tales sitios hoy tejen

una teleraña donde la hipertextualidad permite hacer interminables conexiones, algo así como puertas que dan a otras puertas y a más puertas. Miles y miles de renglones, millones y millones de párrafos configuran ya una biblioteca cuya magnitud rebasaría las estimaciones que hubiera podido establecer cualquier bibliófilo antes de la era internética. Da la impresión de que todos los libros literarios están allí, en todos los idiomas, en todos los formatos, con todas sus letras. Por supuesto tenemos que excluir aquellas obras recientes que por las normas de *copyright* no pueden deambular en la autopista virtual, pero con todo y eso es descomunal la lista de libros, revistas, suplementos y secciones periodísticas que uno puede visitar en la red, e insisto que me refiero sólo a lo literario.

Dicen los especialistas que la pornografía ocupa la más amplia rebanada del pastel en Internet. No lo sé, sólo he tenido tiempo de probar unas cuantas migajas de ese tremendo segmento. Lo que sí sé es que el aparador literario se despliega con una amplitud cuya mayusculidad no cabe en una hipérbole. Recuerdo tres o cuatro tardes enteras dedicadas a descubrir esos nudos de la red: las páginas de bibliotecas universitarias, gubernamentales, comerciales, privadas, las páginas de periódicos con suplementos literarios, las páginas de revistas especializadas, los acervos municipales, las páginas de autores, de editoriales, de grupos independientes, de fundaciones. Exhausta puede quedar cualquier pupila con dos horas dedicadas sólo a ubicar, no a leer, aquellos espacios que consagran su atención a las Letras.

En esa jungla cibernética recuerdo descubrimientos que me dejaron largando asombro. El Proyecto Gutenberg, por ejemplo, me enseñó que la palabra vastedad era pequeña cuando pensamos en ciberlibros. La revista *Espéculo*, extraordinaria, me confirmó que el Internet es una maravilla viviente. La Biblioteca Virtual Cervantes me hizo ver que la humanidad ha inventado de veras el más grande anaquel de libros. En pocas horas uno se puede fascinar con la vertiginosa proce-

sión de páginas y páginas y páginas y páginas que nos abren una perspectiva de tamaños inauditos. Entre lo destacable de internet está, sin duda, el aparador de materiales que difunden la numerosa literatura con solo navegar en la PC.

El problema ahora no está en las referencias, en la falta de objetos para la lectura, y sobre todo los académicos gozan ya del utensilio que les permitirá no padecer los rigores de la escasez informativa. Al contrario, vivimos hoy una era de saturación, de exceso, pero también de desperdicio y desorden. Es evidente que quien lo decida puede abolir de su entorno todo el papel: puede dejar de comprar libros y revistas y abstenerse de los periódicos en su soporte tradicional. Quien trepe a la supercarretera tiene la posibilidad de manejar un conglomerado abrumador de información sin necesidad de acomodar en su escritorio ni siquiera un mísero confeti. El problema ahora es la falta de tiempo y la sensación de impotencia y pequeñez que, al menos a mí, me provoca la macroventana virtual. ¿A qué hora leer tanto? ¿Cómo administrar el tiempo para poder palpar siquiera la epidermis de la web? He ahí lo complicado de esta superabundancia informativa.

Es entonces cuando se puede llegar a una tímida conclusión. Internet satisface la necesidad de referencias. Datos sobre toda la literatura los encontramos a pasto y son inagotables, además de que cada día se multiplican y se proyectan malthusianamente. Si ese torrente es inmanejable y el tiempo del que disponemos es breve, nos quedan dos salidas: o desdeñamos a la red o cribamos bien para que sólo aparezcan como *bookmarks* aquellas páginas de nuestro gusto o conveniencia.

Ése es mi caso. Luego del primer mazazo —ocurrido tarde, en abril del 98— entré en razón y vi que de poco me sirven mil *sítes* si apenas tengo tiempo para cuatro o cinco. Entonces decidí convertir mi nevagación en el recorrido no de un océano, sino de un pequeño lago con escondrijos donde he encontrado un complemento excepcional a mi papirofagia. Además de mis libros (muchos) y revistas (menos) de papel, visito

algunas páginas en Internet que nunca me defraudan. Cito en desorden: la sección cultural y el suplemento *Babelia* de *El País*, de España, con todo lo que ofrece como espacio permanente (*La página del idioma español* y la *Biblioteca Virtual Cervantes*); la revista *Espéculo*, sitio especializado en crítica literaria. Los suplementos culturales de *La Jornada*, *Excélsior*, *Unomásuno*, de México, y de *El Clarín*, de Argentina. De vez en cuando algunas otras, muy pocas, acaso encontradas por casualidad en una búsqueda o en un vínculo.

En resumen, Internet me ofrece, dados mi tiempo y mi capacidad digestiva, siete espacios recurrentes de un aleph que me viene demasiado grande y al que he delimitado como si se tratara de los cinco periódicos que hace algunos años le compraba al voceador sólo para leer los suplementos.

Umberto Eco tenía razón. Por su falta de tiempo él debe abandonar el tabaco. Como yo no fumo, para que la noche no me alcance he sacrificado la adicción a Internet. Que otros lean el bosque. Yo prefiero leer el árbol, tal vez la rama, quizás sólo la hoja virtual. No puedo con más.

Comarca Lagunera, 18, enero y 2001

La literatura como espacio del erotismo

Voy a espigar, acaso desordenadamente, algunas ideas sueltas sobre la relación entre la literatura y el erotismo. Sé que mucho se puede hablar sobre el asunto, sé que ya ha corrido demasiada tinta al respecto y sé que mi comentario casi debe ser considerado un soliloquio, una especie de conversación con mi sombra y un afán de poner sobre la mesa lo que intuyo desde mi posición de escritor ajeno a la pretensión de polemizar con ProVida o con Carlos Abascal.

Como las demás artes, la literatura es un espacio propicio para la manifestación del erotismo y sus adláteres. Pese a la secular persecución emprendida contra todas las temáticas incómodas, el arte mantiene firme la posibilidad de ventilar en su seno aquello que muchos han querido sofocar por medio de la más miope censura. Hablo en general de las artes, pero supongo que apenas estoy mínimamente autorizado para opinar sobre lo que acontece en la literatura, espacio de libertad que durante siglos ha pugnado por abrir cancha a todas las pasiones humanas, incluida la amorosa. No digo nada nuevo si afirmo que, pese al hostigamiento, las letras han ganado ese formidable territorio para la manifestación del erotismo que es, según algunos expertos, la forma más elevada de comunicarnos con el prójimo. Por eso enfatizo: la literatura, la buena literatura, es sinónimo de libertad, y gracias a esto el erotismo transformado en palabra y fantasía goza de amplio espacio en el mercado editorial de nuestro tiempo.

En el formato de libro se puede hacer público lo que uno apetezca. Casi cualquier sello editorial tiene la posibilidad de alentar volúmenes aislados o colecciones íntegras de literatura erótica como aquella

de Tusquets que lleva un nombre digno de celebración: *La sonrisa vertical*, una sonrisa que se refiere precisamente al paraíso del erotismo por antonomasia. Se puede publicar lo que sea, aunque eso no quiere decir que después se distribuya con absoluta libertad. Cerca de nosotros hay casos de barreras a la distribución, como le pasó a *La miel derramada*, de José Agustín, obra que en cierta cadena comercial recibió un portazo en las nariz porque su cubierta exhibía los voluptuosos senos de una mujer desnuda; o como le ocurrió al vaciadísimo y posmoderno Guillermo Fadanelli en Gandhi, librería que se negó a vender sus obras arguyendo razones que luego serían calificadas como medievales.

Por otra parte, el erotismo puede entrar de lleno o parcialmente a una obra literaria, todo depende de los intereses del autor. Como sabemos que los inquisidores andan siempre cerca pero ya no pueden hacer mucho para evitar que se escriba lo que se quiera escribir, el erotismo y sus variantes se cuele hoy en la literatura con inusitado ardor. Novelas enteras se han escrito con este propósito, y muchas más, aunque transiten por otros caminos temáticos, llevan algún aderezo ciertamente picante. A propósito, coincido con la opinión de Vargas Llosa en el sentido de que, por ejemplo, una novela, reflejo de la vida, casi debe por obligación agregar este ingrediente, incluirlo para enriquecer la experiencia del lector; por el contrario, sostiene el escritor peruano, las novelas que son eróticas de orilla a orilla difícilmente pueden esquivar, por su monotonía, los bostezos del usuario.

Asimismo, no todos los autores son maestros en la materia como lo fue Geroges Bataille, autor que consagró parte de su tremenda fortaleza intelectual a construir ficciones y a teorizar sobre el comportamiento erótico y el lado oscuro del hombre (El Mal). Casos hay de autores, a la inversa, que han tenido sonoros fracasos de crítica cuando se meten a urdir relatos donde la concupiscencia tiene un papel central, como le aconteció al mismo Vargas Llosa con *El elogio de la madrastra*, su primera experiencia frontal con la literatura de exploración venérea.

Un elemento imprescindible para definir la calidad erótica o —su contraparte— pornográfica de una creatura literaria es, me parece, la forma. El erotismo, las perversiones, la degeneración, la peor de las degradaciones pueden ser consideradas *literatura* si se atienden con un estilo digno de ese nombre. En otras palabras, no hay tema, no hay contenido *literario* si antes la forma —el continente— no es tratado, así sea tenuemente, de manera artística; lo contrario es la desfachatez, el uso del cuerpo humano y sus vinculaciones carnales sin un propósito de, por decirlo de algún modo, elevación estética (*estética* en tanto canon impuesto a —o aceptado por— un grupo determinado). Hago un paralelismo que me queda muy a la mano; la literatura erótica bien nacida es como la fotografía: no es lo mismo un desnudo atroz de la revista *Pimienta* a uno retratado por Álvarez Bravo, cuyo propósito es el homenaje al cuerpo femenino o al delicado amalgamamiento de la pareja, no la exhibición de poses teratológicas o, como lo enuncian en inglés, imágenes de estilo *nasty*, deliberadamente horribles.

Sobre este mismo asunto, el propio autor de *La ciudad y los perros* ofrece una opinión clarificadora:

La frontera entre erotismo y pornografía sólo se puede definir en términos estéticos. Toda literatura que se refiere al placer sexual y que alcanza un determinado coeficiente estético puede ser llamada literatura erótica. Si se queda por debajo de ese mínimo que da categoría de obra artística a un texto, es pornografía. Si la materia importa más que la expresión, un texto podrá ser clínico o sociológico, pero no tendrá valor literario. El erotismo es un enriquecimiento del acto sexual y de todo lo que lo rodea gracias a la cultura, gracias a la forma estética. Lo erótico consiste en dotar al acto sexual de un decorado, de una teatralidad para, sin escamotear el placer y el sexo, añadirle una dimensión artística.

La forma, pues, es fundamental, pero no se vaya a creer que por *forma* estoy pensando exclusivamente en un tono poético hiperrebuscado, ahíto de exquisitez y malvavisco. Hay una literatura erótica violenta, rebelde, una literatura que pretende contradecir abiertamente, sin lograrlo del todo, cualquier catalogación esteticista, y para tratar de demostrarlo puedo citar a Charles Bukowski o a Juan García Ponce, quien alguna vez corrigió a un comentarista que había definido cierta obra suya como “erótica”; García Ponce lo enmendó con su típico terrorismo moral: mi literatura no es erótica, le dijo, es pornográfica.

Cierto humor, brutal o refinado, puede ser también un condimento de estos libros que, como decía don Alfonso Reyes con estupendo tino, sirven “para leerse con una sola mano”. Innumerables escritores pueden fungir de paradigma: José Agustín, ya mencionado, incorpora juegos de palabras de la barbajanería popular y logra que el lector se desternille con su jocosos desenfado (recuerdo por caso aquella escena, no precisamente taurina sino más bien sodómica, en la que cierto personaje entra a matar «por chicuelinas»). En *Las púberes canéforas*, novela *gay* de José Joaquín Blanco —quien junto con Luis Zapata conformó durante algún tiempo la plana mayor de la literatura homosexual mexicana—, un personaje revela con absoluta sinceridad que le avergonzaba menos ser mariquita que tener un tío diputado del PRI. En este rubro, como cúspide representativa del humor fino y del erotismo, cómo no citar a Nabocov, quien con *El hechicero* y con *Lolita* tocó la cima de la grandeza literaria en materia de concupiscencia; o Henry Miller, quien con *Trópico de cáncer* llenó de fresca insolencia al mundo literario de la posguerra. Y aquí hago otro paralelismo: el erotismo y el humor en literatura pueden tener como ejemplo, en el cine, la película *Luna amarga*, cinta donde Peter Coyote nos saca las carcajadas a partir de su titubeante vocación de escritor y de don Juan.

En fin, literatura y erotismo, en mayor o menor grado, han andado de la mano en la historia de las letras. Petrarca, Boccaccio, Quevedo,

Mirabeau, Lezama, decenas de escritores han cedido a la tentación de hincar la pluma en estos asuntos. Siempre, por supuesto, habrá censores, diques de la creatividad cuyos dientes rechinarán a cada nueva manifestación del arte erótico. No los tomemos en cuenta, pues quienes no son capaces de disfrutar una obra de esta naturaleza muchas veces son los primeros en *descomponerse* moralmente, aunque por otro lado tienen derecho a evitar ese contacto con el arte que ellos consideren pútrido. Por lo general, quienes gozamos con el arte total o parcialmente erótico lo hacemos de muy buen talante, como una manifestación estética de nuestra alegría vital y, en esencia, tal vez seamos así más conservadores que los conservadores. Quizá por eso, al ser interrogado sobre el excesivo gusto de los argentinos por la pornografía, el malicioso Borges respondió que, en efecto, los argentinos son muy puritanos, por eso les gusta tanto entretenerse con imágenes picantes.

El coronel no tiene quien le escriba un *mail*

Entre las nuevas adicciones del mundo contemporáneo se encuentra la del *mail*. Por millones se cuentan ahora los usuarios de este nuevo sistema postal que, en una pizca de años, revolucionó al mundo de la comunicación personal a distancia y provocó que se reanimara el casi moribundo hábito de escribir cartas. Ahora, con velocidad de relámpago, cualquiera que tenga una dirección electrónica puede enviar y recibir sus inquietudes, y con ello la sensación de distancia, de lejanía, ha quedado definitivamente abolida. Lo que antes era paciencia y ritual de horas, días y semanas, ahora es trámite instantáneo, de segundos cuando mucho, lo que a primera vista, sin mayor examen, hubiera alegrado la vida del famoso coronel que, sumido en el aislamiento de la selva colombiana, espera como estatua la llegada de una maldita y salvadora carta en la concurrida obrita maestra de Gabriel García Márquez.

Digo *a primera vista* porque si se observa con mayor cuidado, y sin tecnofobia mediante, el correo electrónico puede ser, como todos los vicios, una manera de arrojar la vida por la borda de la monotonía. Recuerdo a propósito un reparo de Vargas Llosa a la literatura erótica: cualquier cerebro no infectado de puritanismo acepta la presencia de renglones atravesados por los sudores y los gemidos y las secreciones de la concupiscencia; eso es, de hecho, un aderezo delicioso tanto de la vida como del arte. Sin embargo, convertir al entreveramiento de la carne en tema único, hacerlo deambular de orilla a orilla en una narración o en una película, es tan aburrido como fumar uno tras otro cientos de cigarrillos, o de beber vaso tras vaso decenas de tequilas al hilo. En

Salió en *Vínculos* de la UIA Torreón y en *Espacio 4*, revista de Saltillo (2003).

la variedad, entonces, radica el gusto, como si el cuerpo y el alma humanos no fueran los recipientes de un solo estímulo —como les ocurre a los rumiantes—, sino de muchos diferentes.

He allí la trampa del *mail*. Es tan fácil entablar un diálogo, es tan rápida la salida y la llegada de la información, que en ese diluvial envío y recibo de misivas la palabra se desacraliza y termina convertida en moneda de baja, o nula, denominación. Sin afán de caer en retrógradas nostalgias, sólo con el fin de exponer la situación en la que nos hallamos parados, se puede afirmar que para las abuelas una carta contenía mensajes de importancia afectivamente nodal. Después de una espera harto dilatada les llegaba un sobre, y entonces el alma se les irrigaba con renglones escritos a mano, a veces con arrebatos, por alguien que sabía o intuía la gravitación de esas palabras. Hoy, un *mail* más o un *mail* menos, da lo mismo. La palabra epistolar ha perdido su añejo y alto prestigio, así que la adicción del correo electrónico pronto se convierte en tedio, en envío de necias «cadenas», en transmisión de mensajes huecos, en aburrido picoteo de los teclados y en recurrente uso del comando «eliminar».

La computadora es una invención tan poderosa como, en su momento, lo fue (y lo sigue siendo) la rueda. Todo se transformó desde su llegada. Entre los infinitos cambios añadidos a la vida cotidiana por dicha máquina, está el de haber puesto en peligro de extinción a los libros de correspondencia. ¿Cuántos cartas electrónicas solemos archivar antes de que Yahoo o Hotmail nos adviertan con focos rojos que hemos llegado a nuestro límite de gratuitos megas? La costumbre es tirar, deshechar, mandar al diablo. Millones de cartas-e se van a la alcantarilla virtual precisamente porque millones de cartas-e llegan todos los días a los buzones. La palabra desacralizada no merece albergue, así que es mejor tirarla antes de que se sature nuestra cuenta. Eso lo hacemos todos o casi todos los usuarios; acaso la inmensa minoría de los mailadictos tienen el cuidado de conservar una antología


personal de correos, una conversación inteligente o emotiva, algo que vale la pena retener, pero la verdad no es muy frecuente que eso ocurra. Cuántas recientes amistades fraguadas al calor del correo electrónico empiezan con largas y afectuosas y (al menos por la intención) bien escritas cartas, y cuántas no evolucionan hacia el apresurado mensaje de una línea, primero, y luego al silencio absoluto.

Hay usuarios, jóvenes sobre todo, que abren diez o más cuentas gratuitas de correo-e; con ese repertorio de buzones lo único que se puede entablar no puede ser comunicación, sino telegráfico balbuceo. Por otro lado, ¿de qué sirve tener el correo electrónico «oficial» de Salma Hayek o de Arturo Pérez-Reverte?, ¿de qué sirve pedirle un consejo atlético a la veloz Ana Gabriela Guevara?, ¿de qué sirve que la publicidad nos diga que es posible entablar comunicación directa e inmediata incluso con las estrellas del espectáculo, de la política, del deporte, del arte, si de todos modos esas estrellas nunca responderán el diminuto *mail* de un *looser*? La comunicación inmediata y directa, pues, en muchos casos no es más que un sueño, un hermoso sueño guajiro.

En este escenario lo que más se hará extrañar, reitero, son los buenos libros de correspondencia. Ya en 1968 Antonio Acebedo Escobedo describió su pena por la pérdida de la costumbre epistolar en el ensayo «La correspondencia de los escritores» (*Rostros en el espejo*, Seminario de Cultura Mexicana, 1974, pp 121-135). Allí, ese crítico mexicano lamenta que «En cuanto al género de la correspondencia, que en el pasado (...) nos dejó maravillosas colecciones de cartas donde quedaron al desnudo, vibrando de espiritualidad y pasiones, las almas de tantos escritores y artistas, ese puente de caligrafía tendido de corazón a corazón, podemos darlo por concluido». Curiosamente, el «género de la correspondencia» resucitó con vigor al popularizarse el uso del *mail*, pero eso no garantiza hoy la permanencia de los mensajes dado que, así como las cartas llegan, así colapsan el buzón y así son despachadas al basurero virtual.

En el futuro ya no tendremos pues, o serán cada vez más escasos, diálogos epistolares como los sostenidos entre Alfonso Reyes con Pedro Henríquez Ureña, o como los de Juan Rulfo con Clara Aparicio, su novia y luego esposa. Eso sí será doloroso, más todavía cuando sabemos que infinitas cartas van y vienen, pero pocas quedan retenidas para la posteridad; y es que toda evolución implica una pérdida y en este caso no cabe duda de que la calidez de la carta personal se irá extraviando en medio de la prisa. Por eso digo que si el coronel de García Márquez abre un buzón de Hotmail se dará cuenta, quizá con mayor tristeza dado lo paradójico del asunto, que de todos modos seguirá viviendo en un gueto y sin nadie quien le escriba un *mail*, un pobre mailcito por el amor de Dios.

El cuento de pronto acabar



En literatura no hay géneros buenos ni malos, ni moldes útiles ni inútiles. Todos sirven. A veces, la función de un texto puede ser valiosa si se le juzga a partir de sus aspiraciones formales y temáticas. Es lógico que un poemínimo o un cuento breve nunca, ni de broma, deben catarse con la vara para medir *Muerte sin fin* o *Palinuro de México*. No, claro. Aunque existen excepciones, la calidad y el largo aliento son dos virtudes literarias que, juntas, hacen del creador un ser único, digno de la admiración y del respeto públicos, eso es indiscutible. Hay, por otro rumbo, trabajos con intenciones mucho más modestas. Por tal casillero encontramos, en poesía, al haikú, al epigrama, al poemínimo y, en narrativa, al cuento breve, al brevísimo, como el promovido por Edmundo Valdés en las páginas de *El Cuento*. Podemos creer que el objetivo de estas miniobras es estimular, con una chispa, la sensibilidad del lector: sacarle una sonrisa, meterle una interrogación, obsequiarle algunos miligramos de estupor, no más. Si el epigrama y el poemínimo se erigen como posibilidades de creación poética al alcance de todos, algo similar pretende el cuentito. En verso, los trabajos del gomezpalatino Campos Díaz y Sánchez y el invento de Efraín Huerta son rica muestra de concisión y perspicacia concentrados, textos a medio camino entre “la-obra-seria” y la ocurrencia fortuita que se queda en la charla de café, o como dedujo el mismo Huerta luego de una encuesta informal a su hija y a Octavio Paz: los poemínimos son aportaciones

Esta compilación comentada salió allá por el 1990 sólo en *brecha*. Años después me da gusto saber que amisté con un especialista en el tema, mi amigo argentino David Lagmanovich, autor, entre otros ensayos sobre narrativa brevísima, de *Microrrelatos*, libro fundamental entre los especialistas latinoamericanos.

líricas que andan muy cerca del chiste. Para la prosa es lo mismo, o casi. Por la compra de pocas palabras al lector adquiere, como en gan- ga, todo un microcosmos al que no le debe faltar la pimienta del humor. Debemos a la miniaturística grandeza de Augusto Monterroso el más célebre, quizá, de los cuentitos conocidos:

“EL DINOSAURIO”

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

En concisión, Guillermo Samperio superó a Monterroso con un por- tento de la hipersimplificación narrativa (cito de memoria):

“EL FANTASMA”

Harto más prolijo, y si lo comparamos con los dos anteriores rayano en el desbocamiento prosístico, Roberto Bravo cocinó este bocadillo:

“¡HOMBRE SIN MISERICORDIA!”

¡Hombre sin misericordia! Masculló cuando dejó de manosear las cuen- tas del rosario y buscó con su mano temblorosa el tripié que le servía para apoyarse. Se levantó del sillón con cuidado, sus ojos de espera buscaron la clavija del teléfono; lo desenchufó. Debería tener un poco de piedad, dijo, y se fue, con su paso de pies arrastrados, cargando el aparato hacia su cuarto.

René Avilés Fabila, también devoto de la brevedad, ha confeccionado miniaturas; ésta es una de ellas:

“SUS ÚLTIMAS LECTURAS”

Solo y aterrado, en una noche lluviosa, falleció de un ataque cardiaco mientras leía. Alrededor del sillón de lectura estaban desparramadas las obras completas de Edgar Allan Poe, de H. P. Lovecraft, de Bram Stoker. Durante el entierro, con muy escasa ocurrencia, el orador fúnebre hizo notar que el muerto fue sin duda el más sensible crítico literario que jamás haya existido, un espíritu fino. Los crujidos del ataúd cuando era devorado por la tierra parecieron confirmar las palabras.

Pero no se crea que este gusto por la cortedad formal es de reciente data. Boccacio, por ejemplo, compuso varias piezas relativamente breves. Saadi, escritor persa de principios de este milenio, compuso:

“EL SUEÑO”

Cuando me hayan dormido para siempre, quiero que pongan bajo mi cabeza esa bolsita que guarda, junto con un poco de tierra de Karbela, el rollito de seda que escribí, entre cipreses dorados, todos los nombres secretos que daba Naziad mientras mis manos recorrían su cuerpo esbelto y ondulante.

En el siglo pasado, el alemán Heinrich Heine —tal vez mientras bebía café— dejó sobre una servilleta esto que esperamos sea reproducido sin erratas:

Los

censores

alemanes

mentecatos

Giovanni Papini, en su aturdidor *Gog*, regaló a la posteridad este texto que derrite, sobre todo por el emotivo contenido de la transcripción oriental:

“PROFUNDIDAD CHINA”

28 de marzo Pekín,

He leído en un libro chino algunos pensamientos tan bellos, justos y profundos, que quiero transcribirlos aquí para tenerlos más a mano.

抱刃以自喪
笑爲輒與荆
不惟後受殃
飲之皆不僵
是爲最不祥
故有姪欲情
去道如絲髮
著者不得還

姪欲亦如是
言爲刀斧裁
愚者見歡喜
癡人貪其味
所向無不壞
親表不見裏
絕欲以求道
羅網四面張

El celebrado minigigante saltillense Julio Torri ejecutó algunas miniobras que hoy podemos colocar en un minipedestal para rendirle un minitributo a su minigrandeza:

“LA HUMILDAD PREMIADA”

En una universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante prove nir en la crítica literaria.

Lo que leía en los libros lo ofrecía trasnochado a sus discípulos la mañana siguiente. Tan inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron largos años hasta que un día, en fuerza de repetir ideas ajenas, nuestro profesor tuvo una propia luciente y bella como un pececito rojo tras el irisado cristal de una pecera.

Borges, tan amigo de la puntería y la brevedad, no podía faltar en estos prolegómenos al cuentito:

“LA TRAMA”

Para que su horror sea perfecto, César, acosado al pie de una estatua por los impacientes puñales de sus amigos, descubre entre las caras y los aceros la de Marco Antonio Bruto, acaso su hijo, y ya no se defiende y exclama: ¡Tú también, hijo mío! Shakespeare y Quevedo recogen el patético grito.

Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías; diecinueve siglos después, en el sur de la provincia de Buenos Aires, un gaucho es agredido por otros gauchos y, al caer, reconoce a un ahijado suyo y le dice con mansa reconvención y lenta sorpresa (estas palabras hay que oír las, no leer las): ¡Pero, che! Lo matan y no sabe que muere para que se repita una escena.

Otro amante empedernido de la narrativa en cápsulas es Juan José Arreola. Veamos el que más le gusta de su propia cosecha:

“HOMENAJE A OTTO WEININGER”

(Con una referencia biológica del barón Von Vexkull)

Al rayo del sol, la sarna es insoportable. Me quedaré aquí en la sombra, al pie de este muro que amenaza derrumbarse.

Como a buen romántico, la vida se me fue detrás de una perra. La seguí con celo entrañable. A ella, la que tejó laberintos que no llevaron a ninguna parte. Ni siquiera al callejón sin salida donde soñaba atraparla. Todavía hoy, con la nariz carcomida, reconstruí uno de esos itinerarios absurdos en los que ella iba dejando, aquí y allá, sus perfumadas tarjetas de visita.

No he vuelto a verla. Estoy casi ciego por la pitaña. Pero de vez en cuando vienen los malintencionados a decirme que en este o en aquel arrabal anda volcando embelesada los tachos de la basura, pegándose con perros grandes, desproporcionados.

Siento entonces la emoción de una rabia y quiero morder al primero que pase y entregarme a las brigadas sanitarias. O arrojarme a mitas de la calle a cualquier fuerza aplastante. (Algunas noches, por cumplir, ladro a la luna.)

Y me quedo aquí, roñoso. Con mi lomo de lima. Al pie de este muro cuya frescura socavo lentamente. Rascándome, rascándome...

Escritor del terruño, el lazarillo de Gómez compuso lo que viene, a ver qué tal:

“ADIÓS PALOMA”

Olivia pagaría con algo aquel plantón lejano. Carlos, con la sonrisa bien plantada en el semblante, la metió, hipócrita, al cine. Enfrente, la pantalla escurría imágenes de un romanticoide galancete que declaraba, lleno de miel, su fidelísimo amor a una heroína de cartón. Mientras, Carlos, algo atrevido, algo desconocido, aprovechó las gratitudes de la oscuridad y pudo palpar territorios hasta ahora inexplorados. Sus manos anduvieron, rebeldes, demasiado cariñosas, por el busto fijo de Olivia, cálida como un trozo de sol en la butaca. Pero Olivia pagaría con algo aquel plantón lejano. Ofrecelón como era Carlos, fue a la dulcería, pidió unas palomitas con mantequilla y salió del cine. Cálida como un pedacito de sol en la butaca, Olivia esperó y esperó y esperó, derretida como la mantequilla en unas palomitas que volaron.

Es lícito, en ocasiones, trukear la consecución de un cuentito, tal como lo hizo Valadés en *El libro de la imaginación*. Podemos extraer, de un texto largo, algún pasaje que cumpla con la pequeña esfericidad que reclama este molde narrativo. Como ejemplos traigamos dos canicas subsumidas en trabajos de Alfonso Reyes y de Diógenes Laercio, respectivamente:

...Tisias, tras de aprender la retórica del maestro Córax, se niega a pagarle sus enseñanzas. Argumento de Tisias: “Si de veras me has

enseñado a persuadir, podré persuadirte que no me cobres, y en tal caso nada te pago. Si no logro persuadirte, tus enseñanzas has sido vanas, y en tal caso nada te debo”. Respuesta de Córax: “Si no logras persuadirme, tendrás que ceder a mi demanda. Y si me persuades, también, pues habrás probado con ello la utilidad de mis lecciones”.

“SÓCRATES”

...Preguntando si era mejor casarse o no casarse, respondió: “Cualquiera de las dos cosas que hagas te arrepentirás”.

En resumen, el cuentito es una verdad de pocos milímetros dicha en línea recta. El manejo de su minúscula maquinaria exige buena vista y, sobre todo, buena suerte para encontrar los temas y ejecutarlos en la palma de la mano mientras andamos en la calle. Ya nadie puede quejarse; de toda esa pedacería puede salir, por qué no, la “gran novela”, el “gran libro”, la “obra maestra”. Por último, proponemos un experimento: mande sus cuentitos a *Brecha*. Búrlense de la realidad, sueñe, invente, narre. A lo mejor logramos que cambie milímetro tras milímetro, gramo tras gramo. Esperamos.

II

Nuestra segunda nota sobre el tema del cuentito no tiene suficientes motivos para el júbilo. Nula fue la potencia convocatoria que poseyó la primera aproximación al género enano de la narrativa. Después del arrimo liminar, ningún prosista lagunero envió telegramas con su obra y, por mientras, extrañaremos la participación de los artesanos locales de la palabra. Seamos, sin embargo, optimistas, según está de moda serlo. Cuando nadie secunda tal género hay un indicio borroso de que existen, ocultos por ahí, novelistas potenciales en el conglomerado de

imagineros irritilas. El destino, que en ocasiones es generoso, tiene deparado, queremos adivinar, espléndidas obras narrativas que pondrán en el pináculo de los cerros el prestigio literario regional. Esto, de alguna forma, nos satisface. No importa que un envase chaparro sea despreciado si el público, a quien le debemos todo, favorece los bastidores de amplia envergadura. Para ser fieles a la manida imagen acuática: el pez gordo devora al chico, el cuentito palidece ante el cuento y la novela, moldes ya aceptados enteramente por nuestros exigentes consumidores de renglones. De cualquier forma dejamos una promesa sobre el mantel, y a cumplirla vamos. Nuevas historias liliputienses vienen en seguida. La selección (de antemano condenada a la ignominia) aspira fertilizar el gusto por la escritura sobre cabezas de alfiler. El cuentito trepa al *ring* con la guardia demasiado abierta, callejera. Los volados de izquierda y de derecha, quizá los golpes más peligrosos, son sus únicas armas. Usted, desde su butaca, juzgue.

Como era previsible, el volumen que nos socorre primero es *El libro de la imaginación*, joya de joyas en el concierto de la microrrelato. Su autor, el guaymense Edmundo Valadés, nos regala un nutrido racimo de piezas breves que llenan, a cabalidad, los estatutos para ser aceptados como cuentitos. Decenas de apellidos fueron agraciados en esta compilación que busca, en el fondo, demostrar la valía del ingenio sintético. En este carnaval de la imaginación en chispas desfilan escritores de polendas, filósofos, narradores de segunda división y hasta redactores anónimos de agencias informativas. Aunque suene paradójico, la redondez de estos cuentitos cuadra en el objetivo que tantean nuestras líneas: acercar pizcas de perplejidad, sorpresa y humor a los que no tienen fe ni esperanza ni caridad por este género. De *El libro...* les transcribimos cuatro de las más de cuatrocientas obritas que contiene. Empezamos con Armando Rodríguez Dévora, cuyo cuentito alcanza quilates por el hábil manejo de la epífora que anticipa el punto conclu-

sivo. Evidentemente, los cuernos son más ominosos para un macho que para un liberal:

“COMO EN LAS PELÍCULAS FRANCESAS”

Después de hacerle el amor, encendió un cigarrillo y lo fumó pensativo: como en las películas francesas...

Luego se levantó del lecho y empezó a vestirse lentamente: como en las películas francesas...

La miró, apagó el cigarro presionando fuertemente sobre el cenicero, y salió sin despedirse: como en las películas francesas...

Al llegar a su casa, encontró a su mujer acostada con otro: como en las películas francesas...

El que sigue apareció en *El hijo pródigo* y Valadés capturó su valor. Muestra el agradecimiento de un hombre a la virgencita chula y, de pasada, hace una variación sobre la fraternidad que todos, en los entresijos el alma, tenemos cuando se trata de salvar el pellejo:

“EXVOTO”

En una iglesia del pintoresco pueblo de Tepoztlán existe un retablo (ex voto) en el que se ve un campesino, de hinojos, dando gracias a la Virgen por el milagro que le hizo. La leyenda al pie del cuadro dice: “Juan Crisóstomo Vargas, vecino de este lugar, da gracias con toda su contrita alma a la Santísima Virgen por el milagroso favor que le hizo la noche del 22 de mayo de 1916 al haber impedido que las fuerzas zapatistas se lo llevaran como llevaron a sus tres pobrecitas hermanas”.

Del impío Bertrand Russell es esta irreverente humorada. Podemos calcular su valor a partir del peliagudo tema que detiene las reflexiones del filósofo hiponense y del reformista alemán. Va:

“TEORÍA”

San Agustín se confesaba ignorante respecto a la razón de Dios para crear moscas. Lutero resolvió más atrevidamente que habían sido creadas por el diablo, para distraerle a él cuando escribía buenos libros. Esta íntima opinión es ciertamente plausible.

La siguiente escena, vista por Enrique Anderson Imbert, es un ejemplo terminado de antisolidaridad. Hoy que el gobierno nos insta a ser solidarios con el prójimo no debemos conducirnos como el Marqués de Sade, encarnación del egoísmo en el cuentito venidero:

“SADISMO Y MASOQUISMO”

Escena en el infierno.

Sacher-Masoch se acerca al Marqués de Sade y, masoquísticamente, le ruega:

—¡Pégame, pégame! ¡Pégame fuerte, que me gusta!

El Marqués de Sade levanta el puño, va a pegarle, pero se contiene a tiempo y, con la boca y la mirada crueles, sadísticamente le dice:

—No.

Afortunadamente, para muchos de nosotros, la belleza es subjetiva. Eso parece quedar claro en un pasaje metido en el *Primo viaggio intorno al globo terracqueo* escrito por Antonio Pigafetta. Pero como la lujuria es una pasión ciega, concedemos razón a los suspicaces indígenas americanos que sólo cuidaban su mandado:

“LA CARNE ES LA CARNE”

Las mujeres no son tan grandes como los hombres, pero en cambio son más gruesas. Sus pechos colgantes tienen más de un pie de largo. Se pintan y visten de la misma manera que sus maridos, pero usan una piel delgada que les cubre sus partes naturales. Y aunque a nuestros ojos distaban enormemente de ser bellas, sin embargo sus maridos parecían muy celosos.

El descubrimiento y la conquista inunda de cuentitos las páginas que sobre el asunto se escribieron. Cortés tiene el que sigue muy al inicio de las *Cartas de relación*. Leamos, como leyó Carlos V, lo que viene:

“CONFUSIONES”

...no sabiendo lo que se decían, la intitularon y llamaron Yucatán, porque los dichos primeros descubridores, como llegasen allá preguntasen a los indios naturales de la dicha tierra que cómo se llamaba aquella tierra, y los indios no entendiendo lo que les preguntaban, respondían en su lenguaje y decían Yucatán, Yucatán, que quiere decir no entiendo, no entiendo...

Triste recuerdo, como la canción, merece la piadosa malditez de Porfirio Díaz al frente de este hospitalario país. Por ejemplo, “mátalos en caliente” es una frase imperativa que hubiera sonrojado al mismísimo Atila, el “Azote de dios”. Enrique Krauze escribe sobre el dictador mixteco y sus humanitarios modales para el reclutamiento de personal que preservaría la seguridad patria. Nuestros actuales guardianes del orden tienen como génesis a los mandriles aludidos en la historia presente:

“SENTIDO COMÚN”

Como pieza clave en la pacificación, Porfirio consolidó un cuerpo armado instituido en tiempos de Juárez: los Rurales. Los reclutó muchas veces entre los mismos bandoleros. Se cuenta que en una ocasión un subordinado presentó a Díaz una banda de facinerosos con los cuerpos llenos de cicatrices. Eran sus candidatos a pacificadores, pero Díaz pensó que había una elección mejor: “Tráigame a los que les pegaron a éstos”.

Tenemos que ser partícipes de una convención lingüística para tasar la siguiente historia. La palabra sagrada de los mexicanos, nuestro “santo y seña”, es sometida a fogueo internacional gracias a lo que nos cuenta Renato Leduc sobre sus andanzas con las vikingas noruegas.

“SALUDOS AL PRÍNCIPE”

Había muchos turistas yanquis en la playa que saludaban al príncipe gritándole ¡Jíup! El príncipe, que es muy sencillo y muy popular, contestaba a todos levantando el brazo. Yo dije a mis amigos: conozco un saludo mexicano mucho más expresivo que ése: ¡Chingao...! Y cuando el príncipe pasó frente a nuestro grupo le gritamos ¡Chingao...! Se detuvo un momento y se nos quedó mirando... Volvimos a gritar ¡Chingao...! Entonces el príncipe sonrió, alzó el brazo, pronunció un suave ¡Chingao...! Y siguió caminando. “Y luego dicen —comentó un joven diplomático al que referí este cuento— que no hace uno labor de extensión universitaria”.

Del monstruo barroco americano, el gordo Lezama Lima, andan por las calles de toda Cuba muchas historias que custodian el tamaño legendario del Góngora caribeño. Lo que sigue fue escrito por Manuel Pereira. En la interrogante final concentra la inteligente sencillez de un poeta que reanima a otro poeta:

“ÁNIMO, TROVADOR”

Solamente llevé otra visita, previa consulta, pues a él no le gustaban los visitantes súbitos. Fueron el poeta Antonio Conte y el trovador Silvio Rodríguez. A este último lo asedió preguntándole por Mozart, Tchaikovski, los cantos gregorianos, las fugas de Bach y los trabajos que hizo Brahms sobre motivos de Paganini. A todo Silvio respondía que no sabía, que no recordaba, hasta que le salió esta frase: “Yo sólo soy un hombre con mi guitarra”. Entonces Lezama lo miró fijamente: “¿Y le parece poco?”, susurró. Así era él con los jóvenes artistas. Primero lo abrumó y luego lo salvó.

Borges, el indefectible, compuso un librito “que el oscuro olvido no ha de borrar”, y que nos sirve, como otros, para expresar pasajes que alcanzan el tímido, pero deciso, rango de cuentitos. Del *Manual de*

zoología fantástica cedimos a la tentación de traer un texto que ilustra, con espantosa seriedad, los aterradores mitos yanquis:

“FAUNA DE LOS ESTADOS UNIDOS”

La jocosa mitología de los campamentos de hacheros de Wisconsin y de Minesota incluye singulares criaturas en las que, seguramente, nadie ha creído (...)

El Axehandle Haund tiene la cabeza en forma de hacha, el cuerpo en forma de mango de hacha, patas retaconas, y se alimentan exclusivamente de mangos de hacha.

Entre los peces de esta región están los Uplando Trousts que anidan en los árboles, vuelan muy bien y tienen miedo al agua.

Existe además el Goofang, que nada para atrás para que no se le meta el agua en los ojos y es del tamaño exacto del pez rueda, pero mucho más grande.

No olvidemos el Goofus Bird, pájaro que construye su nido al revés y vuela para atrás, porque no le importa adónde va, sino donde estuvo.

El Gillygaloo anida en las escarpadas laderas de la famosa Pyramid Forty. Ponía huevos cuadrado para que no rodaran y se perdieran. Los leñadores cocían estos huevos y los usaban como dados...

Referida por Moisés Hadas, esta anécdota sofóclea contada por Cicerón nos instala, por un lado, en el afecto filial y, por el otro, en la justicia que merecen los hombres luminosos:

“LA AUTODEFENSA”

Sófocles, ya muy anciano, continuaba escribiendo tragedias, y como se pensara que esta actividad le impedía atender sus asuntos, sus hijos lo llevaron ante los tribunales para que judicialmente se le declarara incapaz, basándose en una ley —semejante a la nuestra— por la cual se priva de la administración de sus bienes al jefe de familia cuya incompetencia se demuestra. Se cuenta que entonces el anciano poeta había terminado y que estaba corrigiendo, y

que les preguntó si esos versos podían ser obra de un imbécil. Sófocles salió absuelto.

Siempre complicados, el matrimonio y la paternidad han merecido opiniones de todos colores. Tales, el Milesio, dio las suyas en este respecto. Señalemos, como de pasada, el fastidio materno:

“DECISIONES”

Su madre le dijo que debería casarse; no obstante, él respondió:

—Todavía no ha llegado el momento para ello.

Cuando fue haciéndose mayor y su madre volvió a la carga de manera cada vez más insistente, replicó:

—Ya ha pasado la época apropiada para ello.

Hay otro relato que es todavía más profundo: cuando le preguntaron por qué no deseaba engendrar hijos, respondió:

—Por amor a los niños.

Los doce césares, de Suetonio, es un tapete con incontables figuras que dan, a la perfección, el ancho del cuentito. Escogemos algunas maravillas de la perversión achacadas a Calígula, personaje que, según dicen, es una de las criaturas más aborrecibles que ha parido nuestra madre naturaleza y que ocuparía, con justicia, un lugar señalado en cualquier historia universal de la infamia:

“RISA SINIESTRA”

En medio de espléndida comida comenzó de pronto a reír a carcajadas; los cónsules sentados a su lado le preguntaron con acento adulador de qué reía: “Es que pienso, contestó, que puedo con una señal hacerlos degollar a lo dos”.

“DI POR QUÉ, DIME ABUELITA”

La atrocidad de sus palabras hacía más odiosa aún la crueldad de sus

acciones. Nada encontraba tan laudable y hermoso en su carácter, según decía, como lo que llamaba su insensibilidad. Habiéndole reconvenido su abuela Antonia, no se limitó a atenderla, sino que le dijo: “recuerda que todo está permitido, y contra todos”.

Dejamos al final, porque al final llegó, al único hacedor local que participa en esta nota. El texto que nos alcanzó el Lazarillo de Gómez puede reforzar algún cartel de fomento al buen hábito de la lectura. Como ya veremos, la ejecución de este cuentito basa su efecto en el manejo final de la paradoja:

“PAZ ESPIRITUAL”

Por lo común en casa armaban demasiado escándalo y nadie respetaba sus ávidas horas de lectura. Pero aquel día decidió que no le robarían más el disfrute de aquel placer mayor. Con su libro atenazado bajo la axila salió de casa y seis calles después entró al templo del Sagrado Corazón. Gozó el piso de mármol espejeante, el aroma del incienso, la fogosa temblorina de las veladoras, el oro apagado de los marcos, las bancas en impecable fila, el callado olor de las gladiolas, el sosiego, la paz espiritual del gran crucifijo. Desperdigados, unos cuantos ancianos rezaban con inmóvil devoción. Todo estaba dispuesto y se sentó a continuar la lectura de su libro. El separador marcaba la página 33 de *El anticristo*.